

Agfanistán, la guerra del s. XXI

Afganistán se ha convertido, cinco años después del derrocamiento de los talibanes, en un virtual protectorado estadounidense, aunque a menudo parezca desprotegido, y lo que empezó como una guerra contra el terrorismo, a raíz de los atentados del 11 de septiembre, ha sufrido una metamorfosis... Lo que inicialmente entendió el mundo que debía ser una represalia ejemplar se ha transformado en The Long War (la guerra larga), según la definición del Pentágono, cuyo propósito es tanto la lucha contra un “despiadado enemigo que intenta destruir nuestro modo de vida” como “impedir que alguna potencia dicte los términos de la seguridad regional o global” La agresión del 11 de septiembre representó la oportunidad de poner en práctica una teoría según la cual la raíz del terrorismo islámico está en la falta de democracia en Oriente Medio, que es fuente de inestabilidad, y Estados Unidos tiene la influencia necesaria para transformar democráticamente países como Afganistán e Irak.

Cinco años después del derrocamiento del régimen de los talibanes, Afganistán ha recorrido un largo camino con resultados desiguales. Hay aspectos positivos. Hamid Karzai ha sido elegido presidente por sufragio universal, el país se ha dado una Constitución y un Parlamento, se han construido carreteras y unos tres millones de refugiados han podido regresar de Pakistán. Pero el país no es el jardín democrático prometido. En un país profundamente tribal, donde el 99% de sus 25 millones de habitantes es musulmán, la Constitución aprobada en 2004 ha sido reescrita por oficiales afganos después de haber sido redactada con el asesoramiento de expertos de la ONU. El resultado es un documento ambiguo que acepta las convenciones internacionales sobre derechos humanos, pero, al mismo tiempo, subraya que ninguna ley puede contravenir los principios del islam. Y la violencia, lejos de disminuir, se ha multiplicado. Los talibanes no han desaparecido del mapa afgano, sino que han resucitado, adoptando las prácticas terroristas que han caracterizado el Irak de después de Saddam Hussein.



Mònica Bernabé Fernández és llicenciada en Periodisme per la Universitat Autònoma de Barcelona. Va visitar l'Afganistan l'any 2000 i s'hi va establir l'any 2006. Va ser corresponsal freelance del diari *El Mundo* a l'Afganistan durant vuit anys, entre 2006-2014. L'any 2015 es va traslladar a Itàlia i l'any 2017 es va incorporar al diari *Ara* com a responsable

de la secció d'Internacional. Autora dels llibres *Afganistán, crónica de una ficción* (Debate, 2012) i *Mujeres, Afganistán* (Blume, 2014), ha rebut diversos guardons com el Premi Bones Pràctiques de Comunicació no sexista de l'ADPC per a l'exposició “Mujeres, Afganistán” (2016), el Premi de Periodisme Cirilo Rodríguez a la millor corresponsal espanyola a l'estranger (2013) o el Premi Internacional de Periodisme Julio Anguita Parrado (2010).



Joan Cañete Bayle és periodista i escriptor. Especialitzat en temes internacionals, va ser corresponsal a Jerusalem (2002-2007) i a Washington DC (2007-2009), llocs des d'on va cobrir els diferents punts de vista de conflictes com el d'Afganistan, Iraq, el palestí-israelià i el combat contra el gihadisme. Actualment és sotsdirector d'*El Periódico de Catalunya*. El seu darrer llibre és *Muros, bosques, tumbas: Un periodista en Jerusalem* (Editorial Lengua de Trapo).



Jon Lee Anderson és un periodista nord-americà especialitzat en temes llatins i en les guerres posteriors als atemptats de l'11 de setembre de 2001. El 2001 es trasllada a l'Afganistan des d'on, com a reporter de guerra, va cobrir diversos conflictes bèl·lics. És col·laborador estable de *The New Yorker* des del 1998, ha escrit sobre destacades

figures contemporànies i, entre els guardons que ha obtingut, destaquen diversos premis de l'Overseas Press Club de Nova York i el Maria Moors Cabot Prize (2013), el Reconeixement internacional més antic en el camp del periodisme. És autor, entre altres obres, de: *La tumba del León: Partes de guerra desde Afganistán* (2002) i *La caída de Bagdad* (2004).

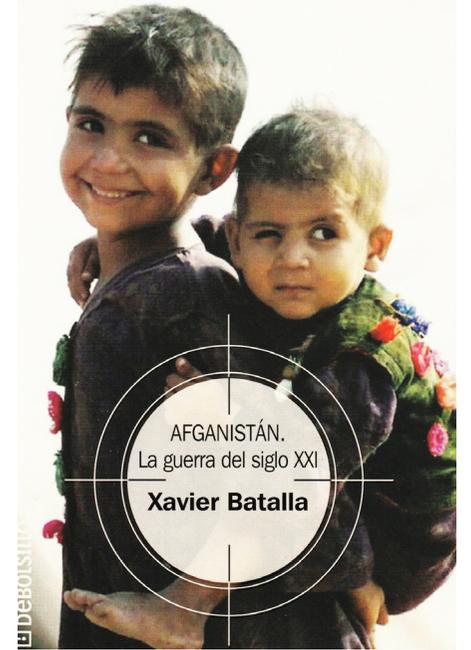


Xavier Mas de Xaxàs, periodista, llicenciat en Història Contemporània, premi de Periodisme Europeu Salvador de Madariaga 2019, és actualment corresponsal diplomàtic de *La Vanguardia*. Durant la seva carrera ha cobert, sobretot, informació internacional, com la primera guerra del Golf. Entre 1996 i 2003 va ser corresponsal als Estats Units des d'on, entre molts altres temes va cobrir els atemptats de l'11-S i des de 2010 ha escrit abastament sobre el món àrab, gihadisme i el conflicte palestí.

MEMORIAL Xavier Batalla

— ANY 2021 —

PREMIO CIUTAT DE BARCELONA DE PERIODISMO 2001



AFGANISTÁN, LA GUERRA DEL S.XXI

El tiempo es talibán

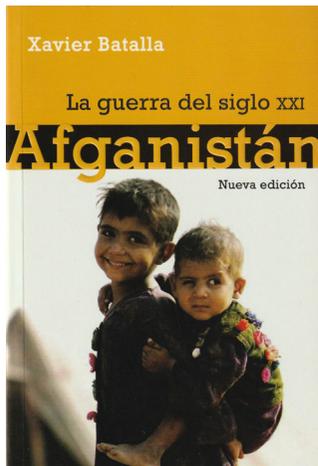
Conversa entre

Mònica Bernabé, Joan Cañete i Jon Lee Anderson

Modera: **Xavier Mas de Xaxàs**

Dimarts 21 de setembre a les 18:30 hores

Col·legi de Periodistes de Catalunya, Rbla. Catalunya, 10. Barcelona



Xavier Batalla



El tiempo es talibán

Barack Obama ha modificado la estrategia en Afganistán, una de las dos guerras que ha heredado. Ha aumentado el número de tropas desplegadas y ha reducido el objetivo, que de construir un Estado democrático ha pasado a ser el de crear un Estado suficientemente fuerte que evite la toma del poder por los talibanes o Al Qaeda. Pero la guerra, conforme se acerca el próximo verano, fecha fijada por Washington para empezar a retirar sus tropas, va mal. La guerra nunca va bien, pero la de Afganistán irá peor.

El conflicto de Afganistán, que en octubre cumplirá nueve años, sigue siendo visto de modo distinto por los gobiernos occidentales implicados. Para el estadounidense, es una guerra; y para otros, entre ellos el español, el asunto es reconstruir el país, lo que mueve al debate. Y esta duplicidad de misiones no facilita la tarea. La realidad es que se trata de una operación de contrainsurgencia, que es una guerra muy especial. Con Obama se ha pasado de un combate tradicional a otro contrainsurgente. Pero la contrainsurgencia es una lucha asimétrica que desde la descolonización de la segunda mitad del siglo XX se ha inclinado del lado insurgente, desde Argelia hasta Vietnam. Y nada indica que la historia vaya a ser distinta en Afganistán.

Alejandro Magno invadió territorio afgano a lomos de elefante; los británicos quisieron dominarlo a cañonazos, y los rusos lo invadieron con helicópteros. Todos fracasaron. Y la intervención internacional en Afganistán también es un desastre. El primer británico en poner pie en suelo afgano fue un escocés, Mountstuart Elphinstone. Pocos dieron un penique por su regreso, pero regresó.

La contrainsurgencia es un tipo de guerra especial que en Argelia y Vietnam se inclinó por los insurgentes

Y lo hizo con una advertencia que parece haber sido hecha ayer: "Las sociedades de esta nación dividida poseen un principio de repulsión y desunión demasiado fuerte para ser vencido".

El principal enemigo de la intervención internacional no es, sin embargo, la historia. Un Estado democrático está en desventaja, si respeta las normas internacionales, frente a los insurgentes. Y si no las respeta, entonces dinamita la base crítica que dice tener su intervención. Pero, tanto en un caso como en otro, el tiempo juega a favor de la insurgencia. ¿Qué explica la hostilidad de cientos de afganos por la muerte del talibán infiltrado que asesinó a tres españoles que estaban ayudando en la reconstrucción del país? La revuelta de esta semana estuvo, sin duda, orquestada por los talibanes. Pero ¿por qué cientos de afganos se dejaron orquestar? Por el temor al día después.

La revuelta contra las tropas españolas ha sido otra prueba de que los afganos, sean insurgentes o no, saben que las fuerzas occidentales acabarán retirándose del país tarde o temprano, todo lo contrario que los talibanes. La imposibilidad de cambiar el paño afgano de la noche a la mañana indica que, a la larga, la operación contrainsurgente parece condenada al fracaso. El tiempo es talibán.

No sólo la violencia define al nuevo Estado afgano. La producción del opio, que se utiliza para obtener la heroína, se ha disparado desde el año 2002, hasta el punto de que el Departamento de Estado consideró a principios de 2005 que Afganistán estaba "a punto de convertirse en un narcoestado". Ali Jalili, ministro del Interior, dimitió en septiembre de 2005 después de continuas denuncias de que altos funcionarios del Gobierno actuaban en connivencia con los narcotraficantes. Según el Departamento de la ONU contra la Droga y el Crimen Organizado, el cultivo y el tráfico de opio y sus derivados aportan a Afganistán más de la mitad de su Producto Interior Bruto.

La presencia militar extranjera en Afganistán es decisiva para la continuidad del presidente Karzai, pero la protección del país es desigual. Desde agosto de 2003, la OTAN, cuya ayuda solicitó Washington después de la guerra, tiene el mando de la denominada Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad en Afganistán (ISAF)...¿Un paso decisivo hacia la estabilización del país? Un informe interno del Ministerio de Defensa británico afirmó en marzo de 2006 que la misión de sus tropas en Afganistán podía prolongarse por "un período de quince a veinte años". ■

Extracto del prólogo a la segunda edición de **Afganistán, la guerra del s.XXI** Xavier Batalla, Barcelona, junio de 2006

TRIBUNA

El 29 de agosto del 2010, hace ahora casi once años, el periodista Xavier Batalla escribió este artículo premonitorio sobre la marcha de la guerra de Af-

ganistán. El del 2010 fue un verano sangriento en la guerra entre la OTAN y los talibanes. Solo en junio tuvieron 24 bajas. Batalla, que nos dejó en el año

2012, ganó el premio Ciutat de Barcelona por sus crónicas sobre Afganistán que publicó en forma de libro. *Afganistán, la guerra del siglo XXI*.

El tiempo es talibán

Barack Obama ha modificado la estrategia en Afganistán, una de las dos guerras que ha heredado. Ha aumentado el número de tropas desplegadas y ha reducido el objetivo, que de construir un Estado democrático ha pasado a ser el de crear un Estado suficientemente fuerte que evite la toma del poder por los talibanes o Al Qaeda. Pero la guerra, conforme se acerca el próximo verano, fecha fijada por Washington para empezar a retirar sus tropas, va mal. La guerra nunca va bien, pero la de Afganistán irá peor.

El conflicto de Afganistán, que en octubre cumplirá nueve años, sigue siendo visto de modo distinto por los gobiernos occidentales implicados. Para el estadounidense, es una guerra; y para otros, entre ellos el español, el asunto es reconstruir el país, lo que mueve al debate.

Y esta duplicidad de misiones no facilita la tarea. La realidad es que se trata de una operación de contrainsurgencia, que es una guerra muy especial. Con Obama se ha pasado de un combate tradicional a otro contrainsurgente. Pero la contrainsurgencia es una lucha asimétrica que desde la descolonización de la segunda mitad del siglo XX se ha inclinado del lado insurgente, desde Argelia hasta Vietnam. Y nada indica que la historia vaya a ser distinta en Afganistán.

Alejandro Magno invadió territorio afgano a lomos de elefante; los británicos quisieron dominarlo a cañonazos, y los rusos lo invadieron con helicópteros. Todos fracasaron. Y la intervención internacional en Afganistán también es un desastre. El primer británico en poner pie en suelo afgano fue un escocés, Mountstuart Elphinstone. Pocos dieron un penique por su regreso, pero regresó.

Y lo hizo con una advertencia que parece haber sido hecha ayer: "Las sociedades de esta nación dividida poseen un principio de repulsión y desunión demasiado fuerte para ser vencido".

El principal enemigo de la intervención internacional no es, sin embargo, la historia. Un Estado democrático está en desventaja, si respeta las normas internacionales, frente a los insurgentes. Y si no las respeta, entonces dinamita la base crítica que dice tener su intervención. Pe-

ro, tanto en un caso como en otro, el tiempo juega a favor de la insurgencia. ¿Qué explica la hostilidad de cientos de afganos por la muerte del talibán infiltrado que asesinó a tres españoles que estaban ayudando en la reconstrucción del país? La revuelta de esta semana estuvo, sin duda, orquestada por los talibanes. Pero ¿por qué cientos de afganos se dejaron orquestar? Por el temor al día después.

La revuelta contra las tropas españolas ha sido otra prueba de que los afganos, sean insurgentes o no, saben que las fuerzas occidentales acabarán retirándose del país tarde o temprano, todo lo contrario que los talibanes. La imposibilidad de cambiar el paño afgano de la noche a la mañana indica que, a la larga, la operación contrainsurgente parece condenada al fracaso. El tiempo es talibán.

En Afganistán, como en Vietnam y Argelia, el tiempo juega a favor de la insurgencia

XAVIER BATALLA

LA VANGUARDIA, 29 d'agost de 2010